

REALIDAD Y VALORES EN LOS PROGRAMAS DE "TELERREALIDAD"

¿SON REALES LOS REALITY SHOW?

MIGUEL ÁNGEL VÁZQUEZ FREIRE

ESCRITOR Y EXPERTO EN MEDIOS DE COMUNICACIÓN

CUANDO LA REALIDAD SE CONVIERTE EN ESPECTÁCULO

Como casi todo en televisión, la moda nació en los Estados Unidos en la década de los años ochenta del pasado siglo. Los *reality show* -es decir, la realidad misma convertida en espectáculo- en cierto modo supusieron la inversión de la concepción hasta ese momento habitual de aquello a lo que se atribuía la capacidad de llegar a ser espectáculo y, por lo tanto, de atraer audiencias ante los televisores.

En efecto, el espectáculo -se pensaba- estaba en lo "espectacular", es decir, lo extraordinario, lo no habitual, lo insólito. Pero los programas de telerrealidad pretendían convertir a la "realidad" misma, lo real más cotidiano y normal, en foco de atención de los espectadores. ¿Por qué la gente habría de estar interesada en observar lo que ocurría a individuos que en principio podrían ser sus propios vecinos, gente no muy diferente de ellos mismos?

Lo cierto es que sí estaba (está) interesada. Claro que, ¿es auténticamente "real" lo que cuentan los espacios de telerrealidad? Los cínicos responden que de hecho ésta es una pregunta que ya carece de sentido y los *reality show* algo han contribuido a esa pérdida de sentido. En el mundo de los grandes medios de comunicación de masas, de la multiplicación de las imágenes y de la "realidad virtual", lo "real" es una construcción más, tanto como lo es la ficción. Si el cínico tuviese razón, no habría una diferencia esencial entre series como "Cuéntame", "Policías" o "Aquí no hay quien viva", y espacios del tipo "Gran hermano", "Operación triunfo" o lo que se cuenta en "Corazón, corazón" o en "Aquí hay tomate". Las series de ficción se alimentan de la realidad, los programas de telerrealidad se dejan contaminar por los recursos de la ficción.

Los más radicales entre los cínicos se atreven incluso a asegurar que esa indisociación entre lo real y lo ficcional alcanza ya también a los contenidos de los telediarios, los espacios obligados, en principio, a mostrar una fidelidad absoluta e incontaminada con respecto a lo real. Cuando la realidad se ha convertido definitivamente en espectáculo, sentencian, la realidad ha muerto.

En ocasiones, la caja tonta se convierte además en mentirosa. Diferenciar lo real de lo irreal empieza a convertirse en un juego absurdo en el que los jugadores o no quieren jugar o juegan engañados. Este artículo analiza el surgir de este tipo de programas, cuáles son sus intenciones y de qué modo afectan al espectador.

Finaliza el artículo haciendo un llamamiento a la necesidad de establecer una Dieta Televisiva donde lo empalagoso no sea el protagonista.

VALORES



BASURA SÍ O NO

Una estrategia para trabajar exclusivamente con alumnado de bachillerato puede consistir en la lectura de citas seleccionados de autores que mantie-

nen posiciones encontradas sobre el fenómeno de la llamada telebasura. Tras su lectura, se abrirá un debate sobre los argumentos utilizados. Aquí proponemos algunos posibles ejemplos.

"En una democracia, en la que los consejos parlamentarios en consenso representan al pueblo, los juicios de estos consejos sobre la calidad televisiva son superfluos, porque los hace directamente el pueblo al elegir o rechazar el programa, es decir, al votar, aceptándolo o rechazándolo, en una especie de plebiscito cotidiano, no ya mediante las papeletas, sino mediante el telemando. Más aún, podría interpretarse como un indicio de poca fe en la democracia el que los representantes del pueblo, consensuadamente (...), intenten convertirse en tutores o censores del pueblo soberano, en materias que no se oponen a los principios constitucionales".

GUSTAVO BUENO (2002): *TELEBASURA Y DEMOCRACIA*. BARCELONA, EDICIONES B. PÁG. 70.

"Mientras que en todos los temas que afectan a la salud social, es el Estado el que actúa a través de las leyes, y así en la educación nadie permitiría producir educación basura, en los medios todo se deja a las frías reglas de la rentabilidad y de la competencia y se nos exige a los individuos y a las familias

que seamos nosotros el único control en nombre de una equivocada concepción de la libertad de expresión".

MIGUEL ÁNGEL SILOÉ DEL POZO SÁNCHEZ (2005):

"LUCHA POR LA AUDIENCIA: TELEVISIÓN BASURA / EDUCACIÓN BASURA. EN REVISTA **COMUNICAR**, nº 25.

"En 1997, en un manifiesto contra la telebasura, ésta se definía como una forma de hacer televisión caracterizada por explotar el morbo, el sensacionalismo y el escándalo, como soportes de atracción de la audiencia, y por el enfoque distorsionado al que recurre para tratar asuntos y personajes. Estos programas, bajo una apariencia hipócrita de preocupación y denuncia, se regodean con el sufrimiento, con la muestra más sórdida de la condición humana, con la exhibición gratuita de sentimientos y comportamientos íntimos, desencadenando una espiral sin fin para sorprender al espectador. ¿El objetivo? Mantener o incrementar una audiencia utilizando básicamente sexo, violencia, sensiblería, humor grueso y superstición, de forma sucesiva y recurrente. Empleando el reduccionismo y la demagogia, y despreciando olímpicamente los derechos fundamentales, los valores democráticos y principios constitucionales, como el honor, la intimidad y el respeto a la veracidad".

LORENZO DÍAZ (2005): *LA CAJA SUCIA. TELEBASURA EN ESPAÑA*. MADRID, LA ESFERA DE LOS LIBROS. PÁGS. 51 - 52.

PONIÉNDOSE A DIETA

Un concepto que se abre paso entre los investigadores es el de dieta televisiva. Desde hace tiempo, los estudios sobre los efectos de la televisión en los niños insisten en que el principal problema reside en el exceso de horas que pasan ante la pequeña pantalla y aquí los padres tienen una importante y directa responsabilidad. En el caso de la telebasura, se puede establecer una analogía con la llamada "comida basura". Si en este caso, los especialistas en dietética han advertido de los graves prejuicios que puede llegar a tener para un desarrollo equilibrado, lo mismo puede decirse en relación con la telebasura. Como señala Joan Ferrés (2005), las cadenas de televisión son responsables porque "son las que preparan el menú" pero eso no debería hacer olvidar las responsabilidades de los padres y las madres, que deben "ejercer la autoridad a la que están obligados en cuanto al consumo más apropiado para sus hijos en función de su edad y de su personalidad." No estaría de más que las familias, como suele hacerse a la hora de planificar la comida semanal, se pusieran de acuerdo para planificar también el menú televisivo de la semana. Menos horas de televisión pero de mayor calidad, he ahí la dieta ideal. ■

PARA SEGUIR LEYENDO

AGUADED, J. A.; *Convivir con la televisión. Familia, educación y recepción televisiva*; Paidós, Barcelona, 1999.

CUBELLS, M.; *iMírame tonto! Las mentiras impunes de la tele*. Ediciones Robinbook, Barcelona, 2003.

FERRÉS, J.; *Educación en una cultura del espectáculo*; Paidós, Barcelona, 2000.

FERRÉS, J.; (2005): "La familia frente al televisor: ¿víctima o culpable?". En Varios (2005): *Televisión de calidad. Especial monográfico de Comunicar, Revista Científica Iberoamericana de Comunicación y Educación*, nº 25.

VIVIR EN LA DESCONFIANZA

Quizás sea ésta una de las más peligrosas consecuencias que se puede estar derivando del imperio de los *reality show*. Porque, en efecto, sabemos que los espacios de telerrealidad no nos dan auténtica realidad, por más que intenten crear la apariencia de serlo (¿quién no sabe que los "famosos" que salen en los programas de cotilleo, despellajándose entre sí, cobran buenas cantidades de dinero por hacerlo?, ¿quién no deduce de ello que, como buenos asalariados, estarán dispuestos a decir lo que pida quien paga?), pero por ello mismo desconfiamos de que podamos identificar dónde está esa realidad. Completando un proceso que ya había iniciado la publicidad (donde el reino de la mentira o las medias verdades se viste de los ropajes más vistosos y persuasivos), la telerrealidad ha acabado por instalar la máxima desconfianza en los espectadores de los medios sobre lo que es verdad y lo que es mentira.

Puesto que todo se compra y todo (todos) se vende (se venden), y puesto que con los nuevos recursos tecnológicos es posible fabricar cualquier tipo de imagen, todo puede aparecer como real. ¿En qué podremos confiar en adelante? No en la verdad ya que ésta ha acabado por ser inseparable de la mentira. Sólo queda dejarse llevar por lo que nos atrae, lo que nos conmueve, lo que finalmente nos seduce. El poder de la verdad, tantas veces dura o desagradable, es sustituido por el poder aparentemente más benévolo de lo emocionalmente seductor.

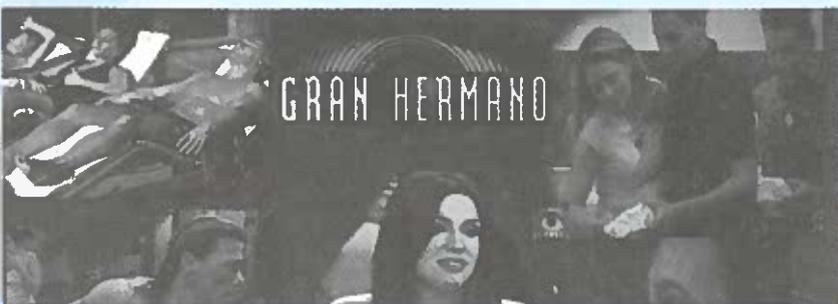
GRAN HERMANO: LO MALO HECHO BUENO

En España, el imperio de la telerrealidad se impuso con la irrupción de los canales privados. Las promesas de pluralidad y mejora de la calidad de los contenidos, que los defensores de la privatización habían reiteradamente proclamado, se convirtieron en su contrario. La batalla por la audiencia derivó en uniformización y en una sensible caída en la calidad como, por cierto, habían anticipado quienes habían advertido de que eso era lo que de hecho ya ocurría en los Estados Unidos, el laboratorio donde la competencia feroz entre televisiones privadas llevaba experimentándose desde hacía muchos años.

Nació así el fenómeno que pronto fue conocido como "telebasa". Los historiadores y estudiosos de la televisión española han marcado la noche del 28 de enero de 1993 como el momento en que se alcanzó el punto de máxima ignominia en la degradación de la televisión. Fue la noche en que el programa *De tú a tú*, conducido por Nieves Herrero, convirtió el dolor de las familias de las niñas asesinadas de Alcázar en morboso espectáculo. Pero la manipulación de los sentimientos, la presentación impúdica de las miserias afectivas, el juego con la curiosidad malsana de los espectadores, estaba ya presente en muchos otros programas como *Quién sabe dónde* o *Mi media naranja*, y alcanzará su paroxismo en *Tómbola*, el modelo de los programas "de cotilleo" a partir del cual el respeto a la persona, a la decencia y a la verdad dejaron de ser una frontera implícita que no debía ser sobrepasada.

Sin embargo, el programa paradigma de la telerrealidad sin duda es *Gran Hermano*. El concepto de partida es de una sencillez tan elemental como sorprendente: un grupo de individuos encerrados en una casa absolutamente transparente gracias a que todos los lugares están controlados por cámaras. Probablemente muy pocos de los seguidores de *Gran Hermano* saben que el nombre procede del *Big Brother* totalitario concebido por el novelista británico George Orwell en su novela *1984*, una antiutopía futurista publicada en 1949. El Gran Hermano orwelliano, inspirado en las dictaduras de Hitler y Stalin, cuyos horrores por entonces el mundo aún no había conseguido asimilar (de hecho, ¿podremos hacerlo alguna vez?), mantenía, en efecto, bajo control a todos los individuos gracias a un sistema omnipresente de cámaras.

Orwell quería advertir contra el peligro de que los avances tecnológicos pudiesen ser utilizados por poderes dictatoriales para, a través de la eliminación de todo espacio de privacidad, hacer imposible no sólo el ejercicio de las libertades ciudadanas sino la existencia misma de individuos autónomos. En un giro paradójico, que quizás sea significativo de los tiempos que vivimos, el monstruo asfixiante del *Gran Hermano*, que Orwell profetizaba con el objeto de que los ciudadanos evitasen su llegada, ha venido a convertirse en la voz paternal que, en el "confesionario" de un programa televisivo, interpela a un grupo de individuos que voluntariamente ha aceptado renunciar a toda intimidad para ser objeto de la mirada curiosa de miles de espectadores que cifran toda su diversión en contemplar la "vida real" de otros individuos sometidos a una condición de vida absolutamente irreal.





¿QUIÉN VE LOS PROGRAMAS BASURAS?

Mientras que los programas "de cotilleo" atraen especialmente a una audiencia de mujeres amas de casa, los programas de telerrealidad que siguen el modelo de Gran Hermano (que ha dado lugar a degeneraciones tan extremas como Hotel Glam y a versiones mucho menos agresivas al estilo de Operación Triunfo) han llegado a interesar a una audiencia mucho más variada, incluidos sectores significativos de espectadores adolescentes (e incluso niños). Parece entonces que aquí no es de aplicación el lamento generacional que se aplica en otros casos: los padres y madres no pueden acusar a sus hijos de ser los responsables de este lamentable fenómeno porque también ellos parecen atrapados en sus redes; los hijos e hijas no pueden quejarse del conservadurismo de sus padres porque ellos también tienen en su dieta televisiva una considerable dosis de telerrealidad.

¿Qué hacer, pues, cuando todos parecen contribuir en la misma dirección? Quizás, después de todo, tenga razón el filósofo Gustavo Bueno, uno de los raros casos de intelectual que ha alzado la voz en defensa de la llamada "telebasura", cuando señala que no es otra cosa que la legítima expresión de la libertad democrática de elección del consumidor de televisión. Contra este enfoque, muchos otros autores responden que, dado el papel formador en valores y en definitiva educativo que la televisión juega, no es razonable dejar que sea el mercado quien decida. Incluso, desde una perspectiva estrictamente de mercado, también el consumidor es defendido contra los posibles abusos del productor, mediante procedimientos reglamentados de control de calidad. Una aplicación análoga en el caso de la televisión, sostienen, no dejaría circular ciertos productos –esto es, programas en los cuales la mentira se hace pasar por verdad. Los Consejos Audiovisuales, que deberían existir por ley tanto en el Estado como en todas las comunidades autónomas (hasta ahora sólo existen en cuatro), deberían ser los organismos encargados de esta tarea.

Algunas iniciativas en este sentido, como la difusión, por parte del Consejo Audiovisual de Cataluña, de un informe sumamente crítico sobre los contenidos de ciertos programas radiofónicos de la cadena COPE (que, desde luego, nada tienen que ver con el fenómeno de telerrealidad de que aquí venimos hablando aunque sí con la cuestión del necesario respeto a la verdad), han llevado a algunos sectores a hablar de censura. ¿No hay, pues, alternativa a este dilema?: o libre circulación de programas, aunque ello conduzca al imperio de la telebasura, o censura.

Hay, en todo caso, que hablar sobre el tema. Lo que no resulta aceptable es hacer como si este fenómeno fuese algo inevitable o intrascendente. En los recuadros que complementan este artículo, se proponen algunas pautas para el debate sobre esta cuestión en las aulas de los centros de enseñanza, así como alguna recomendación para comenzar a reaccionar desde la propia familia.

¿DEBE PERMITIR LA ESCUELA QUE LA TELEVISIÓN BASURA ENTRE EN EL AULA?

Buena parte de los críticos de la televisión rechazan que, para mejorar sus contenidos, pueda ser una buena estrategia analizar los programas en las aulas. Eso sería, dicen, como meter al enemigo en casa. Seguramente tendrían razón si lo que se pretendiese fuese llevar a las aulas programas como Gran Hermano o Aquí hay tomate. Pero hay otras opciones. Sugerimos, por ejemplo, recurrir al cine para, a través de unas buenas películas, suscitar un debate entre el alumnado tanto sobre las características de los programas de telerrealidad como sobre la idea de que es posible hacer otro tipo de televisión.

Proyección de *El show de Truman* (Peter Weir, 1998)

Es una película idónea para que el alumnado pueda reflexionar sobre la legitimidad de anular la intimidad de un individuo en aras de unas finalidades comerciales y, por lo tanto, sobre los riesgos derivados de conceder prioridad a la consecución de audiencias masivas por encima de cualquier otra consideración.

● **Para alumnado de secundaria, tanto ESO como bachillerato.**

Buenas noches y buena suerte (George Clooney, 2006)

Esta película que muestra el compromiso de un equipo de periodistas honestos con el ideal de proporcionar una información veraz y objetiva incluso contra la presión de poderosos intereses políticos, pueda ayudar a que el alumnado se pregunte si los contenidos televisivos se deben reducir a simple entretenimiento banal o, al contrario, pueden estar al servicio de finalidades más relevantes.

● **Para alumnado de bachillerato.**